

explica sobre qué actos versan. Tan pronto exclama: «¡Dios mío, qué pensamientos tan espantosos, tan horribles!» Tan pronto: «Pero eso es ridículo, abominable.» Al propio tiempo se informa del estado del niño, pregunta si está junto á su madre, y le llama con una voz tierna y cariñosa. Le dan una infusión de manzanilla y se tranquiliza; pasa la noche, va mejorando, se vuelve taciturna, se abate, su mirada es fija, la cara encendida. Al fin se cura de su espantosa tendencia. Una sola vez ha vuelto á sentirla; mas por último quedó completamente restablecida. Más tarde el niño se puso malo y murió, y Catalina dió señales evidentes de profundo dolor, pero siguió desempeñando bien los quehaceres de la familia (1).

Un enagenado de Bicetre tenia muy á menudo accesos de furor que le conducian con irresistible tendencia á coger un instrumento ó arma ofensiva para matar al primero que se ofreciese á su vista, con una especie de combate interior que experimentaba entre la impulsión feroz de un instinto destructor y el horror profundo que tal tendencia le inspiraba. Su memoria y su imaginación estaban bien. Confesaba que semejante inclinación le era repugnante é involuntaria, que su mujer habia estado á pique de ser víctima de ella, á pesar de lo que la amaba. Este infeliz acabó por herirse á sí mismo, y deseaba asesinar al que le vigilaba, aunque le queria mucho por los buenos tratos que de él recibia. «¿Por qué he de querer matarle, se decia, cuando me trata con tanta humanidad?» (2).

Cuando fueron asaltadas por una tropa de malhechores las cárceles de Bicetre, encontraron los asaltadores á un maníaco, el cual preguntado por aquellos, respondió en tales términos, que hubieron de tomarle por una víctima de alguna atroz injusticia. El que los vigilaba les advirtió que se guardasen de él; no hicieron caso, y se le llevaron en triunfo. Apenas salieron del establecimiento; entró en furor, cogió un sable de uno que estaba cerca, hirió á derecha y á siniestra, derramó la sangre á torrentes, y no con poca dificultad fué conducido á Bicetre (3).

Un soldado tenia todos los meses un acceso de convulsiones precedido de una tendencia immoderada á matar; él mismo pedia con instancias vivas que le encerrasen, que le imposibilitasen, é indicaba el momento en que le podian volver la libertad (4).

Una criada pidió á sus amos que la despidiesen, por cuanto siempre que desnudaba á un niño, hijo de aquellos, sentia un deseo irresistible de espanzurrarle (5).

Una señora experimentaba deseos homicidas que no sabia en qué fundarlos. Sobre ningun punto disparataba, y cada vez que sentia tan aviesas inclinaciones, se hacia poner en estado de no poder dañar hasta que le hubiese pasado el acceso, el que duraba á veces algunos dias (6).

Un químico muy distinguido estaba atormentado del deseo de matarse, y él mismo se fué á una casa de locos para que le vigilasen. Cuando sentia que su voluntad iba á caer bajo el dominio de su inclinación funesta, se hacia atar; este desdichado acabó por arrojarle sobre el guardia (7).

(1) Mende, *Anales de Henke*, 182.

(2) Pinel, *Tratado de la enagenación mental*, p. 162 y 157.

(3) Id., obra cit., p. 150.

(4) Tomo IV, pág. 99; Gall, sobre las funciones del cerebro.

(5) March, consulta médico-legal sobre Enriqueta Cornier.

(6) Id., Consulta médico-legal.

(7) Idem.

Otra mujer, madre de cuatro hijos, hacia cuatro meses que estaba deseando matarlos, á pesar de que los queria mas que á sí misma. Hubo de separarse de sus hijos para evitar una catástrofe. Ningun motivo imaginario la movia, y no ofrecia su juicio la menor lesión (1).

Otra desdichada mujer se llenó de mordiscos; atada á una silla, pugnaba todavia por herir y morder (2).

Enriqueta Cornier, criada, de un carácter suave y alegre, risueña á veces con exceso, buscaba el placer y queria á los niños, á quienes acariciaba mucho. De repente se efectuó una mudanza notable en ella; suspiraba, estaba triste, sombría, taciturna, y sirviendo mal, fué despedida. Acabó por matar á un niño que le habian confiado.

Podriamos añadir todavia muchos casos mas de esta especie, como los de Papavoine, Lecouffe y otros no menos célebres. Mas bastan ya los mencionados para nuestro objeto: vamos á otros en los que la monomanía es instantánea y transitoria.

Un carretero se pone en camino sin haber dado pienso á sus caballos, y una mujer, que le sale al encuentro, es maltratada por él; mas tarde encuentra á otra y le da un hachazo que la deja tendida en el suelo; en seguida encuentra á un pobre muchacho, le abre la cabeza con el hacha y esparce el cerebro por el suelo; deja aquel instrumento, ataca sucesivamente á otras tres personas, hasta que por fin es alcanzado y cogido. Conducido á la presencia de los cadáveres dice: «No soy yo el que ha cometido estos asesinatos; es mi mal espíritu» (3).

Un manco herrador, despues de haber almorzado tranquilamente con su familia, se va á la casa del maestro del lugar en que él habita, le hace varias preguntas, y de repente le hunde en el pecho un cuchillo que acababa de afilar. Se vuelve á su casa, afila de nuevo el cuchillo, se va á casa del escribano, le hiere; se marcha acto continuo al encuentro de otra persona, le descarga un golpe en la cabeza, y viéndose al fin perseguido, se hiere á sí mismo en el cuello (4).

Cierto sugeto, que ya habia dado señales de un furor ciego, á consecuencia de varios ataques epilépticos, se vió de nuevo arrebatado, se entregó en su casa y en la iglesia á varios actos violentos, salió al campo, amenazó á un carretero, persiguió á pedradas á un labrador, alcanzó á un anciano á quien derribó y mató, aplastándole la cabeza con una piedra, arremetió en seguida contra otro sugeto cojo, le echó por tierra á pedradas y le mató con su propia muleta: acto continuo encontró á un hombre que iba á caballo, le apedreó y le derribó de la cabalgadura; una porción de muchachos le distrajo, corrió tras ellos, dió con uno de sus parientes, que era cojo tambien, y asiéndole de su muleta le quitó horribilmente la vida. Cogida al fin esta fiera y conducida á la cárcel, recordó haber dado la muerte á tres personas, y sobre todo á su pariente, que era lo que mas le afligia, y dijo, que en sus excesos de frenesí veia llamas por todas partes, y que la sangre lisonjeaba su vista. Pidió que le matasen, y sobrecoigido de nuevo furor se arrojó con rabia sobre el conserje que le traia la comida, rompiendo cuanto se encontraba cerca de él (5).

(1) Orfila, obra cit.

(2) Lemon, Observaciones recogidas de Charenton.

(3) Aristarco francés, 13 de abril de 1820.

(4) *Diario de los Debates* del 4.º de abril de 1823.

(5) *Gaceta de los tribunales* del 24 de junio de 1840.

El doctor Ch. Boileau de Castelneau ha publicado en los *Anales de higiene pública y medicina legal* una memoria sobre los casos de locura instantánea que pertenecen á la monomanía homicida sin delirio súbitamente estallada. Vamos á citar algunos de los casos consignados en este notable escrito leído en la Academia de medicina de Gard, y mencionamos antes, como lo hace el autor, ciertos hechos que no fueron mas que conatos.

March dice que ha encontrado á varios sujetos de recta moralidad, que alguna vez han sentido deseos súbitos de cometer una atrocidad.

El mismo March confiesa que cierto día le vino la idea de tirar al río á un jóven albañil, sentado en la barandilla de un puente.

El célebre Talma experimentó la misma propension.

El profesor Lichtenberg, en sus *observaciones sobre sí mismo*, dice que hallaba á veces placer en pensar en los medios de matar é incendiar.

Un literato, á la presencia de un hermoso cuadro de Gerard, se sintió vivamente acometido del deseo de rasgar el lienzo de un puntapié (Ravisset-March).

El doctor Michu cita el de una mujer recién parida, que se sintió acometida del deseo de matar á su hijo.

En todos estos casos el deseo no llegó á realizarse. Como estos hay infinitos. Tal vez nadie se ha librado en la vida de sentirlos, pero no son bastante poderosos para ser realizados.

Vamos á otros en los que desgraciadamente lo fueron para ejecutar el acto.

Lúcas Champoniere, en su *Diario*, dice que una mujer, súbitamente arrebatada, mató á cuatro personas, una de ellas su madre, hirió á otra, rompió muebles y vertió un tonel de vino; luego lloraba la muerte de su madre diciendo: «¡Pobrecilla! ella que tanto me quería!» Explicaba sus atrocidades por un golpe de sangre que le habia subido á la cabeza. Fué condenada á diez años de presidio.

El *Diario* de Hufeland trae cuatro observaciones del doctor Loeventel; dos de ellas son las siguientes:

«Un zapatero, de treinta y tres años, de temperamento sanguíneo, carácter tranquilo, laborioso, sóbrio, de excelente salud, vivia hacia cuatro años feliz con su mujer. Un día se levantó temprano; al cabo de una hora su mujer se asombró de oírle discurrir disparatado. De repente se arrojó sobre todo cuanto le venia á la mano, cogió el tranchete y acometió á su esposa para matarla. Le sujetaron, le sangraron, se durmió, y al día siguiente estaba bueno, sin recordar lo que habia hecho.»

Otro sujeto se acuesta tranquilo; durante la noche mete gran ruido en su cuarto; acuden sus deudos y les arroja cuanto alcanza. Le cuidan, se duerme, y despierta sin recordar nada.

El doctor March, con referencia á Casavivieilh, cita el caso de un sastre, que volviendo una mañana de paseo, de repente se arrojó sobre su mujer para matarla; le sujetaron, y al día siguiente no se acordaba que hubiese tenido tal locura.

El célebre Heim, de Berlin, ha publicado el caso que sigue:

«Un funcionario público, generalmente estimado, y Consejero de Estado en Berlin, habia gozado siempre de buena salud. Una noche despertó de repente; su respiracion estaba estertorosa; su mujer quiso cuidarle, mas ese hombre la acometió con furor, la maltrató horribilmente, y hizo cuanto pudo por tirarla por la ventana. Despues de media hora de lucha

cayó en postracion y la víctima fué socorrida. Curó de este acto de locura y no volvió á presentarse más.»

El mismo Castelneau, pasando por una calle, fué llamado para asistir á un conocido suyo de un temperamento bilioso nervioso, muy impresionable, vigoroso, que nunca habia dado la menor señal de desarreglos. A la sazón estaba rompiendo sus muebles, rasgando sus vestidos, queria maltratar á su mujer, y nadie se atrevia á acercarse á él. Tenia la cara animada, los ojos extraviados, los músculos y las venas en tension, gritaba, cantaba, etc. A la vista del médico, á quien tenia cierto afecto y respeto, se moderó, se sentó junto á una mesa, la que siguió golpeando. Los vecinos dijeron que nada habia ocurrido capaz de motivar aquellos excesos. Consintió en que le sangrasen, apoyando el brazo en la mesa. Una abundante evacuacion sanguínea le moderó; le pudieron tranquilizar, se salvó el resto de su mueblaje, él se puso sobre sí, prometió estar tranquilo. Por la noche no se acordaba de nada de lo ocurrido y no volvió á dar señales de locura.

Un llamado Florent se puso á cantar y bailar el 4 de febrero de 1838. Durante la noche habló de Dios y de los santos. Al día siguiente se fué á una romería, de vuelta se hizo sangrar, se negó á comer y se metió en la cama. A las nueve de la noche se levanta, coge un hacha y mata á su vaca, se lanza contra un mendigo que pasaba por delante de la puerta y le derriba de un golpe en la cabeza, le da tres golpes mas y le corta una pierna. Luego hiere á una mujer en la espalda, se detiene, y se va á casa del médico. Este no estaba, y su señora, viendo el aspecto furioso y amenazador de Florent y el hacha ensangrentada, trató de desarmarle á fuerza de astucia y presencia de ánimo. Pocos minutos duró la calma. Se entregó de nuevo á la mas violenta exasperacion, reclamó el hacha, y negándose la señora del médico, tiró de una navaja. Llega un tal José en defensa de esa señora y es herido. Poulet y su mujer acuden tambien, y esta infeliz recibe nueve navajazos. El marido va por su escopeta, Florent se apodera de ella, y si la multitud no acude á frenar á aquella fiera, Dios solo sabe los estragos que hubiese hecho.

El autor sigue refiriendo algunos casos más, entre ellos el de un labrador español de Castilla la Vieja, que de repente, tambien despues de asaltarle algunas ideas místicas, cogió una horquilla y salió en busca de su padre, con los ojos azorados, la cara contraída, la boca espumosa. Golpeó á su mujer, que se esforzaba en contenerle, mató á su padre, maltrató su perro, rompió el cráneo á su hermano y puso en fuga al cura y demás vecinos que acudieron á refrenarle. Condenado á la horca por el primer tribunal, la Audiencia de Burgos, despues de un dictámen facultativo, le declaró loco y como tal le mandó encerrar.

Habla tambien de una mujer que mató á su hijo, le asó y se comió parte, y de varios casos, en los que el arrebató súbito versa sobre robos.

Devergie, en una Memoria publicada en los *Anales de higiene pública y medicina legal*, tomo XI, segunda série, pág. 398, trae un caso de un jóven que en medio de una fiesta de familia, despues de haber comido, salió á su cuarto, cogió una pistola y mató á su madrastra. Declarado loco, y no pudiendo consolarse de su desdicha, despues de muchos años de cordura, acabó por suicidarse en el cementerio encima de la tumba de su víctima.

Toulmouche, en el tomo II de los mismos *Anales*, refiere tambien varios casos de locura homicida instantánea. El primero que refiere le perte-

neces; pues fué llamado el 9 de junio de 1835 para asistir á una mujer asesinada por su marido llamado Merilhou. Ya lo habia sido el mismo dia para visitarle á él que se dolia de la cabeza. Habia pasado el dia anterior comiendo y bebiendo con unos amigos. Contestó brevemente al médico que atribuia el padecimiento á las bebidas, y se le pusieron sanguijuelas al ano y á la region epigástrica. A las nueve de la noche tomó unos baños de piés, y despues de haber pedido aguardiente á su mujer, de repente cogió un cuchillo, que habia encima de una mesa junto á él, y se lo tiró á su esposa que se hallaba á pocos pasos de distancia de pié junto al mostrador de la tienda. El cuchillo entró de punta en el pecho de la desdichada, y la dejó cadáver. Acudieron los vecinos y gendarmes. Merilhou tuvo nuevos arrebatos, quiso matarlos, y cuando llegó el médico le vió detenido por aquellos sin resistencia, tan absorto, que no le reconoció, aunque le dirigió la palabra. Al dia siguiente, en presencia del cadáver, Merilhou se afectó, se arrojó sobre él, le llenó de besos sin verter una lágrima, y preguntado cómo habia sucedido el hecho, le refirió con la mayor calma. Por la noche se exaltó, gritó y hubo que atarle, porque hubiese hecho nuevos homicidios. Pasó algunos dias de ese modo exaltado por alucinaciones; al fin se calmó desesperado por lo que habia hecho. El tribunal le declaró loco. Este infeliz no habia dado nunca señales de locura, solo se quejaba de la cabeza de cuando en cuando, en especial, cuando bebia aguardiente.

Despues de este caso refiere Toulmouche otro, tomado de Pinault, relativo á un llamado Teodoro Durand, el cual despues de varias alucinaciones religiosas súbitamente sobrevenidas, asesinó al primero que le salió al encuentro, á quien tomó por un jefe de chuanes llamado Eudisorie, de quien no tenia resentimiento alguno.

El mismo recuerda varios casos publicados en los mismos *Anales de higiene pública y medicina legal*, el de un tal Pichot, que mató á su criada; el del subteniente Severae, que repartiendo sablazos á derecha é izquierda, hirió mas ó menos gravemente á muchos oficiales y acabó por quererse suicidar; el de la jóven Melania Selter, que hizo tragar una porcion de alfileres á una niña; el de un tal Simon, que mató á un jornalero llamado Cry con cierta premeditacion; el de Pedro Riviere, que asesinó á su madre, hermano y hermana, declarado loco por Esquirol, Orfila, March, Parrisset, Rostan, Mitivie y Leuret; el de un tal Bucarat que dió la muerte á un amigo suyo, declarado loco por Aubanet, y absuelto por el tribunal de las Bocas del Ródano, y el de Blottin, que asesinó á su hija.

Casper, en su *Tratado de medicina legal*, refiere tambien varios casos en los que fué consultado. El primero es el de un carpintero llamado Blaich, que degolló á dos hijos suyos; despues de algun tiempo de ciertos desarreglos mentales, creyéndose inventor del movimiento continuo, para el cual inventó máquinas, contrayendo deudas y descuidando sus negocios: era un sugeto excelente y adoraba á sus niños. Asesinados estos, el infeliz no se sabia dar cuenta de cómo habia sido, y que él, tan honrado y tan bueno, hubiese podido ser el asesino de sus hijos.

Luego trae otro del tejedor Dietrich, que asesinó á su hijo con un hacha, levantándose una mañana sin mas antecedentes que pudiesen dar lugar á esa catástrofe, que un padecimiento de vientre.

El tercer caso es el de un marinero, que entrando en un restaurant al amanecer, tomó café, y sin que nadie le notara nada irregular, y despues de largos ratos de estar tranquilo, se levantó súbitamente, se fué á la co-

cina tras de unas muchachas, diciéndolas que era el diablo, que debian hacer lo que él quisiera y salir con él á la sala del restaurant. Salió á esta, empezó á armar camorra con los asistentes á él, rompió varias sillas y quiso pegar al dueño de este establecimiento. Acudieron los agentes de la seguridad pública, les dijo una multitud de tonterías, añadió que él era el emperador, el único emperador, etc. Los atacó y dió tan fuerte golpe al casco de uno que se le rompió. Trataron de apoderarse de él, se defendió como un furioso, y así atado le llevaron á la prevencion. Durmió, y al dia siguiente estaba completamente tranquilo y no se acordaba de lo que habia pasado. Este sugeto no tenia mas antecedentes que calentura en la cabeza, cuando encendia el fogon á bordo con cok; por lo demás era un sugeto de muy buenas condiciones. Así, fué declarado por el mismo Casper loco transitorio.

Casos de esta naturaleza podriamos seguir refiriéndolos por largo rato. En varios periódicos españoles hemos leído mas de una vez estas catástrofes. Mientras estaba haciendo el cólera algunas víctimas en Madrid en octubre de 1865, un desdichado traperero del Rastro, llamado Inhiesta, salió de una taberna navaja en mano y mató á varias personas é hirió á otras muchas desconocidas por él, hasta que fué cogido y desarmado. Este infeliz, que, segun noticias, ya se habia hecho notar por algunas extravagancias, y en cuya familia ascendiente y colateral habia habido varios locos, ha sido condenado á muerte, á pesar de ser un caso muy parecido á los de monomanía homicida instantánea. Seres desdichados, convertidos en lobos ó tigres, han cometido, y muchas veces sin saber por qué, esa série de asesinatos que tanto hacen estremecer.

Pasemos á referir unos cuantos hechos de esta especie, en que los crímenes se cometieron mas bien por ilusiones de espíritu que por instinto sanguinario.

Un viñador crédulo, cuya imaginacion habia sido conmovida por fogosas declamaciones y la espantosa imágen de los tormentos de la otra vida, se creyó condenado al fuego eterno, y se imaginó que no podia impedir que sobreviniese semejante desdicha á su familia, sin que fué por medio de un *bautismo de sangre* ó un martirio. El primer ensayo que hizo fué el de matar á su mujer; en seguida inmoló con la mayor sangre fria á dos criaturas. Puesto en la cárcel degolló á un criminal, y siempre con el objeto de hacer una obra expiatoria. Encerrado en Bicetre, se hacia pasar por la *cuarta persona de la Santísima Trinidad*, y se creia encargado de la especial mision de salvar al mundo con un bautismo de sangre. Excepto en materia de religion, parecia disfrutar de la razon mas cabal. Diez años de reclusion le volvieron la calma y se le dió un poco de libertad. Cuatro años hacia que se creia asegurada su curacion, cuando á la vigilia de Navidad se reprodujeron sus ideas sanguinarias, puesto que se propuso hacer un sacrificio expiatorio sobre todo lo que caeria en sus manos. Procuróse una cuchilla, hirió al vigilante y degolló á dos enagenados que tenia al lado. Hubieron de dominarle y encerrarle por toda su vida (1).

Un fraile ya viejo, cuya razon se habia extraviado con una devocion exagerada, creyó cierta noche que habia visto en sueños á la Virgen, rodeada de espíritus bienhechores, y que habia recibido la órden expresa de dar la muerte á un incrédulo. Hubiera ejecutado este proyecto homi-

(1) Pinel, obra cit., pág. 128.

cida, á no haberle descubierto algunas de las palabras que profirió, y á no encerrarle inmediatamente (1).

Un enagenado se ponía de repente encarnado como la grana, y oía una voz que le estaba diciendo: mátales, mátales, es tu enemigo; mátales y estarás libre (2).

Una desdichada mujer, imaginándose que iban á prenderla y conducirla al cadalso, desesperada al considerar cuanto sufriría su marido con semejante desgracia, formó el proyecto de matarle y matarse en seguida (3).

Otra infeliz enferma, deseosa de morir, pero sin tener valor para matarse, ideó atentar contra alguien á fin de merecer el patíbulo; llevada de esta idea, intento matar á su madre y á sus hijos (4).

Otra mujer sufría accesos periódicos, durante los cuales sentía la invencible tentación de destruir y matar á sus hijos y marido. Mucho tiempo hacia que le faltaba el valor para bañar al más chico de sus hijos, por cuanto cierta voz interior la estaba diciendo: *déjale caer, déjale caer* (5).

Un enagenado, impaciente por disfrutar de la vida futura, discurrió cometer un asesinato para merecer la muerte y tener el tiempo necesario de reconciliarse con Dios. Cierta día entraron en su casa dos niñas, degolló á una de las dos, y se fué á la cárcel, durmiendo tranquilamente toda la noche (6).

Un sugeto se imaginó que doce años atrás dos mujeres le hicieron desdichado con artificios astrológicos, privándole de su razón y endureciendo sus entrañas. La atormentaban con sufrimientos físicos y visiones espantosas de día y de noche, sin que ni en sus viajes para distraerse le abandonasen. Cierta día, en un lugar público, vió á dos mujeres y las hirió, exclamando: «¡Estas son las que me han asesinado!» y, permaneciendo tranquilo, se dejó prender (7).

Una loca concibió el proyecto de matar á una niña, haciendo este razonamiento: *Esta niña es hija única como yo; yo he sido siempre desdichada, sin duda la está esperando igual suerte; vale más, pues, que sea ella y no otra la que yo mate* (8).

Otra desdichada mató también á una criatura después de haberse dicho: *Yo debo matar á esta criatura, porque así será un ángel, y se librará de las seducciones del mundo* (9).

Un marido se imagina que su mujer le ha hecho traición; para él es un rival el primero que se acerca á su mujer; sospecha de sus propios hermanos; muda cuatro ó cinco veces de residencia; cree que existe en su pueblo un complot para matarle; y en cada vecino mira un enemigo pronto á destruirle. Atormentado de la idea de que su mujer va á abandonarle durante la noche, para entregarse á los brazos de un amante, tenía la costumbre de colocar junto á su cama un cuchillo para herirla, como intentase marcharse. Una noche estuvo á pique de estrangularla; otra la hirió en diferentes partes. Pasando ya su manía á obras, fué preso,

(1) Pinel, obra cit., pág. 165.

(2) Esquirol.

(3) Id., *Diccionario de ciencias médicas*, art. *Mania*.

(4) Id. id., art. *Suicidio*.

(5) Gall, obra cit.

(6) *Almacén psicológico*, tit. 7.

(7) Gall, obra citada.

(8) March, consulta citada.

(9) Hoffbauer.

y en vez de arrepentirse, manifestó vivo sentimiento de no haber tenido un hacha y de no haber muerto á su mujer (1).

Parent du Chatelet refiere un caso muy notable de una niña de ocho años, en la cual se desenvolvió el deseo de matar.

Desde la edad de cuatro años se entregaba al onanismo con muchachos de diez á doce; separada de estos, se entristecía; se la vigilaba continuamente, y se abandonaba sola al mismo hábito: nada podía vencer tan funesto vicio; su madre enfermó del sentimiento, y esa desgraciada niña se quejaba de que aquella no hubiese muerto; si hubiera sucumbido, habría heredado sus vestidos, los habría acomodado á su talle, y cuando se hubiesen roto, se hubiera marchado en busca de los hombres: no asesinó á su madre, porque había quien se lo impidiera. Esta señora la dijo: «Si yo me hubiere muerto hoy, resucitaria mañana; nuestro Señor resucitó también. — *Yo sé perfectamente*, contestó la niña, *que cuando se muere no se vuelve jamás. Nuestro Señor volvió, porque era el Dios bueno; mi hermanito y hermanita han muerto y no han resucitado.*»

«¿Pero cómo me harías morir, decía la madre?—Si yo estuviera en un bosque, me escondería, os dejaría caer y os clavaria un puñal en el pecho. —¿Sabes tú lo que es un puñal?—Sí, un caballero me ha dejado un libro en el que dice, que una mujer hundió un puñal en el corazón de un hombre.» Este libro, en efecto, andaba extraviado por la casa. —«Pero, si yo muriese, todo cuanto tengo pertenecería á tu padre.—Lo sé perfectamente, me mandaría poner presa, pero quiero hacerte morir.» Esta niña dijo muchas veces que no amaba á su padre, ni aun á su abuela que la había educado. Algunos meses después dijo á su madre, que si la asesinase con un cuchillo, se mancharía los vestidos de sangre y podrían vérsela; pero que para cometer semejante acción tendría buen cuidado de desnudarse. A los ocho días dijo, que para no mancharse de sangre había discurrido matar á su madre con un veneno. Una vecina, queriendo ensayar si lo que decía esa desgraciada era verdad; puso un poco de sébola en el vino, y se le ofreció diciendo que era arsénico; esta lo cogió exclamando: *Quiero dárselo á mamá, pero yo no quiero tomarlo*. Se ensayó hácersele tragar, y cerró con fuerza los labios y los dientes. Tal era el estado normal de esta niña á la edad de ocho años, cuando se la condujo ante un comisario de policía, que la interrogó en ausencia y presencia de su madre (2).

Esquirol habla de otro parecido.

«El 7 de junio de 1835 fué consultado, dice, para una niña de edad de siete á ocho años, cuya estatura era mediana. La fisonomía de esta niña tenía algo de disimulada: su inteligencia estaba bien desenvuelta; aunque hija de un artesano, había aprendido á leer y escribir. Su madre me hizo la relación siguiente, que ella oyó con indiferencia.

»Yo me he desposado segunda vez, esta niña tenía entonces dos años; la enviamos á casa de sus abuelos, que están descontentos de mi matrimonio, y han manifestado frecuentemente este disgusto delante de su nieta. La niña tenía cinco años cuando mi marido y yo fuimos á ver á nuestros padres; nos recibieron bien, manifestó mucha alegría cuando vió á su papá, pero rehusó mis caricias y no quiso abrazarme; sin embargo, se volvió con nosotros. Siempre que ha encontrado ocasión para herirme lo

(1) *Correo francés*, 25 de julio de 1824.

(2) *Anales de Higiene pública y Medicina legal*, t. VII, pág. 473 y siguientes.

ha hecho, repitiendo con frecuencia: «Quisiera que te murieses.» A la edad de cinco años y meses, estando yo embarazada, me dió un golpe con el pié en el vientre, manifestando el mismo deseo. La enviamos á casa de sus abuelos, donde permaneció durante dos años. Vuelta nuevamente con nosotros, empezó á maltratarme, no cesando de repetir que quisiera que me muriese, no menos que su hermanito que estaba mamando, y á quien jamás ha visto. Si me bajo delante de la chimenea, me da un empujon para que me caiga en la lumbre; si coge unas tijeras, un cuchillo ó cualquier otro instrumento, es para hacerme daño, acompañando siempre á estas acciones las mismas palabras: «Yo quisiera asesinaros.»

Después de haber oído con sangre fría esta relación, me contestó de este modo á las preguntas que le hice:

«¿Por qué deseais asesinar á vuestra mamá? — Porque no la quiero. — ¿Por qué no la quereis? — No sé. — ¿Os ha maltratado? — No. — Es buena para vos? — Sí. — ¿Por qué la heris? — Para hacerla morir. — ¿Cómo! ¿para hacerla morir? — Sí, quiero que muera. — Vuestros golpes no pueden asesinarla, sois demasiado pequeña para esto. — Ya lo sé; es preciso sufrir para morir. — Cuando haya muerto, ¿quién os cuidará? — No sé. — ¿Estaréis mal cuidada, mal vestida, desgraciada! — Me es igual, la mataré, quiero que muera. — Si fueseis mayor, ¿hariais lo mismo? — Sí. — ¿Asesinariais á vuestra abuela? — No. — ¿Y por qué no? — No sé. — ¿Amáis á vuestro papá? — Sí. — ¿Quereis matarle? — No. — Sin embargo, él os castiga. — Es igual; no le mataria. — Aunque vuestro padre os regaña y castiga, ¿vos le quereis? — Sí. — ¿Amáis á vuestro hermanito? — No. — ¿Deseariais que muriese? — Sí. — ¿Quereis asesinarle? — Sí, he pedido á papá por favor que le haga venir para matarle. — ¿Por qué no amáis á vuestra mamá? — No sé; quiero que muera. — ¿De dónde os vienen esas ideas tan horribles? — Mi abuelo y abuela me han dicho frecuentemente que es preciso que mi madre y mi hermano mueran. — Pero esto no es posible. — Sí, sí, no quiero hablar de mis proyectos; los guardaré para cuando sea mayor.»

«Este diálogo ha durado hora y media. La sangre fría, la calma y la indiferencia de esta criatura han promovido en mí el sentimiento mas angustioso. Su buena madre es jóven, tiene una fisonomía dulce, maneras y tono agradables; goza de buena reputación, no menos que su marido. Por consejo mio esta niña ha sido enviada al campo con unas religiosas, donde ha pasado tres meses (1).»

Bastan los hechos que preceden, y que podriamos aumentar considerablemente, porque los *Anales de Higiene pública y de Medicina legal* están llenos de ellos, lo mismo que los de *Psicología*.

Solo pondrémos algunos en los que la imitación condujo al homicidio, é incitó á él.

Un idiota, después de haber visto degollar á un cerdo, creyó que podia degollar á un hombre, y así lo hizo (2).

Un hombre melancólico asistió al suplicio de un criminal; de repente le asaltó el irresistible deseo de matar, sin perder, sin embargo, la idea de que este era un enorme crimen; lloraba amargamente; se heria la cabeza; se retorcia las manos, y exclamaba para que sus amigos le sal-

(1) Esquirol, obra citada.
(2) Gall, obra citada.

vasen: cuando estos se oponian á su tendencia, les daba las mas expresivas gracias (1).

Un niño de seis á ocho años ahogó á su hermano por haber visto que así lo habia ejecutado con el diablo un polichinela (2).

Una mujer, sujeta á jaqueca y mal de estómago; desde que supo la historia de Enriqueta Cornier, se vió acometida de un deseo invencible de matar á su hijo, por mas que le quisiese muchísimo. Una noche, estando próxima á dejarse llevar de esta horrible tentación, gritó: *fuego, fuego*, con el fin de que acudiesen los vecinos, á quienes confesó su tendencia sanguinaria, pidiendo que la pusiesen en la imposibilidad de ejecutarlo. Ella misma se fué al fin al hospital de Amiens (3).

Georget dice, que nunca habia visto tantos casos de esta especie de monomanía, como desde que se divulgó el atentado funesto de Enriqueta.

Esquirol fué consultado por aquellos dias en poco tiempo acerca de tres casos análogos.

Serres ha asistido tambien á una mujer atormentada del deseo de matar á sus hijos, á su marido, á cualquiera (4).

Un provinciano se fué á Paris, llevando consigo á una niñera que queria entrañablemente á su hijo mayor. A los siete meses se desarregló la salud de la niñera, se volvió triste, pálida, perdió el apetito y experimentó dolores de cabeza y ataques nerviosos. Su amo la sorprendió varias veces llorando, hasta que le confesó que habia tenido mas de una vez la tentación de matar al niño, á quien tanto queria; que hasta habia llégado á aplicarle el cuchillo al cuello, y que su llanto y el pensar en Enriqueta Cornier la habia hecho desistir de su atentado. Esta niñera fué despedida; se volvió á su provincia, y en la casa donde entró á servir tuvo iguales tentaciones con un niño de esta casa (5).

Monomania antropofágica.

No paran aquí los horrores que la enagenación mental hace cometer á no pocos desdichados. La aberración del instinto es todavía mayor en ciertos casos, no se satisfacen matando, sino comiéndose la víctima ó parte de ella, ó bebiendo su sangre; es decir, en suma, entregándose á actos de verdadera antropofagia.

Aunque se dé mucho la mano esta monomanía con la homicida, de la que va casi siempre seguida ó acompañada, tiene un carácter tan especial, que me parece digna de estudiarla aparte, como un tipo real de monomanía agresora. Ni todos los monomaniacos homicidas son antropófagos; ni todos los antropófagos son homicidas; por lo tanto, no son en realidad la misma forma de aberración moral ó de locura monomaniaca.

Excusado es decir que no pueden considerarse como casos de monomanía antropofágica, los que dependen de ciertas necesidades como el hambre, ó de ciertas costumbres civiles, guerreras ó religiosas, ó de la exaltación y rabia de las pasiones particulares ó políticas.

Los casos de personas, tripulaciones, guarniciones de fortalezas y pue-

(1) Gall, obra citada.
(2) Próspero Lucas.
(3) Barbier d'Amiens.
(4) Discusión médico-legal sobre la locura.
(5) *Gaceta de los tribunales*, 24 de junio de 1840.

blos enteros sitiados, ó acosados por la miseria y el hambre, que se han comido, no solo animales domésticos no destinados á la alimentacion y cosas inmundas, sino cadáveres humanos, inmolando á veces á los ancianos y niños, ó enfermos, excesos horribles, de los cuales están llenas las páginas de la historia tanto profana como sagrada, no pueden considerarse como tipos de monomanía antropofágica. El hecho tiene una explicacion natural fisiológica; es el poder del instinto alimenticio; el hambre y la sed que se hacen superior á todo.

Tampoco debemos comprender los casos en que los prisioneros de guerra son devorados en festines por sus enemigos; ni los de ciertas ceremonias religiosas, en las que las víctimas inmoladas á los dioses, son luego pasto de los sacerdotes, magnates y demás; ni aquellos en la que los finados tienen por sepultura el estómago de sus deudos, etc., etc. En todos estos casos, la locura, la aberracion, no es individual; es de una nacion entera, la que, extraviada por la educacion que le dan los que la dirigen, le imbuyen desde la niñez, las ideas y doctrinas bárbaras que los conducen á inmolarse víctimas humanas y á comérselas, bajo el impulso de esta ó aquella representacion civil ó religiosa. Desde que hay hombres, la humanidad ha sido víctima de esos funestos errores, engendrados por el afan de dominar y explotar unas razas á otras. No solamente se ve respecto de la antropofagia esa lamentable aberracion, hoy dia existente ya tan solo entre salvajes del Africa ó de la India; se ve respecto del homicidio, del robo, del incendio, de la violacion y de todo; y lo que es peor, hoy dia no se observan subsistentes ciertas prácticas injustas, crueles é infames, debidas á doctrinas y costumbres, únicamente entre los salvajes y pueblos rudos é incultos; se observan tambien hasta en los que presumen de mas cultos y civilizados.

Uno ó mas actos de antropofagia en cualquiera de los países donde es una costumbre, no constituyen para el médico legista caso de locura ó monomanía antropofágica. Tampoco le puede constituir uno ó mas casos en personas que, acosadas de hambre, se coman un cadáver ó parte de él, inmolando tal vez para ello á la persona á quien ese cadáver pertenece.

Los casos de verdadera monomanía antropofágica se caracterizan precisamente por la ausencia ó negacion de todas las causas conocidas de esa horrorosa y bárbara práctica, como se deducirá fácilmente de las que luego referirémos, tomándolos de un libro curioso é interesante que ha publicado M. Barbaste, con el título de el *Homicidio y la antropofagia*, y de Legrand du Saulle.

Tampoco, en fin, pueden ser tenidos por casos de monomanía antropofágica los de exaltacion de las pasiones, ya generales, ya particulares, que no solo llevan al homicidio, sino á beber la sangre ó comerse la piel, corazon, hígado, etc., de las personas odiadas, ó cortarles ciertos órganos, para hacer luego ostentacion de ellos. Los anales del crimen nos presentan por desgracia casos de esa especie. En la historia de las revoluciones y sublevaciones populares los hay tambien. La exaltacion de las pasiones privadas ó políticas conduce á ciertos sugetos á esa aberracion moral que frisa en el delirio; pero que no creemos deber comprender en la forma de monomanía antropofágica; porque en todos esos casos, para esos horribles actos, hay una razon moral, un por qué que los explica, lo cual, como veremos en su lugar, es un dato diferencial que distingue la pasion de la locura.

Veamos, pues, algunos casos de esta forma de monomanía, tomados de Barbaste y de Legrand du Saulle.

El *Correo de la Drome* publicó en 1852 la historia de una jóven de catorce años, que buscaba todas las ocasiones de beber sangre humana, y chupaba con avidez la que brotaba de las heridas recientes. Era clorótica, y entre los enfermos de esta clase se notan con frecuencia aberraciones del apetito ó instinto alimenticio.

Rodrigo de Castro refiere, como ya lo hemos visto, al hablar de las aberraciones á que conduce á veces la preñez, que una embarazada se sintió atacada de un ardentísimo deseo de comerse el hombro de un panadero, á quien habia visto desnudo.

Tambien hemos hablado del caso de Langio, relativo á otra mujer en cinta, la que, deseosa de comerse la carne de su marido, le asesinó, se comió parte, y salió lo restante para banquetes futuros.

En 1817, un jornalero, volviendo de mendigar á su casa, dos dias despues de haberse marchado, preguntó á su mujer por su hijo mas pequeño. «Está descansando,» respondió la mujer, señalándole la pieza donde se hallaba. El buen hombre la abrió y vió al niño muerto y mutilado; le faltaba un muslo. El marido consternado fué en busca de la justicia, y ante ella la mujer confesó que, teniendo hambre, habia matado al niño y se habia comido su muslo, asado en unas brasas: todavia se encontró parte que guardaba para el marido. Sin embargo, esa desgraciada tenia comestibles en su casa. Se la declaró loca.

En 1800, dice Andral, un jóven de catorce años, atacado de licantropía y cubierto con una piel de lobo, recorria las campiñas, de las que era el espanto, y mas de una vez se comió á los niños que pudo haber. Se llamaba Juan Grenier.

Gall refiere, que cierto sugeto, arrastrado por la invencible inclinacion á comer carne humana, cometió varios asesinatos para saciar su feroz deseo. Una hija suya, aunque alejada de su padre, sucumbió tambien á la misma aberracion.

Prochaska cita el hecho de una mujer, que atraía á su casa á los niños para matarlos, salar su carne y devorar una porcion todos los dias. Ese mismo autor habla de un hombre que mató á un viajero para comérsele.

Todos los periódicos políticos han hablado en otros tiempos de una familia escocesa, muchos de cuyos miembros heredaron el horroroso deseo de nutrirse de carne humana.

El baron Percy ha escrito la historia de un polígrafo, que iba por todos los mataderos á disputar á los perros los huesos y restos de los animales. Se bebía la sangre de los enfermos que se acababan de sangrar en el hospital de Versalles, y en las salas de los cadáveres les chupaba la sangre como un vampiro. Dícese que el estómago de ese sugeto era enorme.

Un jóven, llamado Layer, se sintió repentinamente atacado de un deseo feroz de atentar contra la vida de sus semejantes. Hizo varios y multiplicados esfuerzos para resistir la sanguinaria inclinacion, huyó de la sociedad, y se encerró en su cuarto. Esto fué inútil. Reducido á un estado de desesperacion, se fué á los bosques; llevó la vida de un salvaje, huyendo de las personas que encontraba. Vivía de vegetales. Un dia se comió un conejo, y otro, encontrando á una pobre niña, le echó un lazo al cuello, la estranguló, se la llevó á cuevas, la degolló, bebió su sangre, le desgarró las entrañas y se la comió. Fué condenado á muerte.

Otro sugeto, segun el doctor Berthollet, se sintió desde niño con el deseo

desenfrenado de comer carne podrida, y sobre todo humana. Ese deseo se aumentó con la edad, y ese hombre se salía por las noches, asaltaba los cementerios, desenterraba los cadáveres y se saciaba con su carne, prefiriendo los intestinos. A veces guardaba porciones de cadáver en su bolsillo para cuando se le avivase el apetito. Fué sorprendido sobre un cadáver, cuyas entrañas devoraba. Se le declaró loco y asesino, temiendo que atacase algun dia á los vivos para comérselos.

El 16 de enero de 1858 fué asesinado, en la ciudad de Hamilton, con- dado de Maddison, en Nueva York, un matrimonio por su hijo mayor. Ambos cadáveres tenían arrancado el corazon. El hijo desnaturalizado se los comió, para lo cual dió muerte á los autores de sus dias, á pesar de estar en buena armonía con ellos. Su aspecto era dulce é inofensivo, aunque algo bobo; confesó el hecho con la mayor naturalidad, y hasta añadió que habia pensado hacer lo propio con sus hermanos, pero que, te- niendo sueño, se durmió. Era epiléptico y alucinado, y fué declarado loco, encerrándole en una casa especial.

Monomania suicida.

Otras veces la monomanía es suicida, y si conduce á matar á otros, es porque no tienen valor para darse la muerte, y así esperan que se la darán. Tampoco queremos aquí hablar del suicidio sugerido por ideas locas ó sentimientos exagerados, porque en este caso no constituye la verdadera monomanía suicida; esta está constituida en realidad por una tendencia invencible á matarse, sin razon alguna ó con ella, pero falsa.

Casi todos los suicidas homicidas son lipemaníacos, dominados por una pasion llevada hasta el delirio, gozando fuera de ella de toda su razon; escogen para víctimas los objetos mas queridos, cometen el homicidio con tranquilidad y calma, por lo menos en apariencia; despues de haberle consumado, no están conmovidos é inquietos; antes al contra- rio, muy serenos; algunos contentos. Muchas veces se delatan á sí mis- mos, pidiendo justicia á los tribunales, y hablando de su crimen á todo el que encuentran. El suicidio precedido de homicidio es ordinariamente agudo; sin embargo, alguna vez es crónico, y presenta todos los caractéres de un acto reflexivo y voluntario.

He visto, dice Esquirol, á monomaníacos suicidarse despues de haber cometido ó intenta lo una muerte. Una señora lipemaníaca, temiendo ser arrastrada y conducida al cadalso, desesperada del pesar que causaria á su marido, quiso asesinarle, dándole un fuerte golpe con una piedra en la cabeza, antes de suicidarse.

Los diarios han dicho que una señora belga, despues de haber echado cuatro de sus hijos al pozo, se precipitó detrás de ellos. Hubiera corrido la misma suerte el quinto, si no se hubiese escapado; al sexto le envió un ojaldre envenenado al colegio donde se educaba.

Una señora, madre de familia, daba de mamar á un hijo suyo; á con- secuencia de algunos disgustos deseó la muerte, y decia: *No tengo valor para suicidarme, y para que yo muera es preciso que asesine á alguno.* En efecto, ensayó quitar la vida á su madre é hijos.

Crichton (1) cita muchos ejemplos de suicidio tomados de los autores

(1) *An inquiry on the nature and origin of mental derangement.* London, 1793, dos tomos en 8°.

alemanes. Los infelices que son objeto de estas observaciones no podian resolverse á asesinarsé á sí mismos, y dieron la muerte á otros, espe- rando ser condenados á pena capital.

Un zapatero, melancólico por espacio de diez años, se figura que en la compra de una casa ha hecho la desgracia de su mujer é hijos. En un acceso de desesperacion asesina á aquella y tres de estos; hubiera he- cho lo mismo con el cuarto, si no se hubiera sustraído de su furor; des- pues de tan horribles sacrificios, se abre el vientre; el golpe no es mor- tal; retira el instrumento y atraviesa su corazon de parte á parte. Este hombre gozaba de muy buena reputacion, y tenia un carácter dulce.

Hay familias enteras que se han suicidado, como se han visto otras de enagenados. Voltaire dice que un hombre de una profesion grave, de una conducta regular y de una edad madura, se suicidó el 17 de octu- bre de 1769, y dejó al consejo de la ciudad, donde habia nacido, la apo- logía de su muerte; su padre y su hermano se habian suicidado el mismo dia que él.

En la Salitrería hubo una mujer de sesenta años que habia tenido un gran número de accesos de lipemanía suicida; su hija muchos de manía, y su nieta desde los quince años estaba sujeta á los mismos accesos, y se alimentaba de ideas de suicidio.

En la misma ha habido muchos enagenados, cuya madre, hermanos ó padres se han suicidado.

Rush cuenta el hecho siguiente (1): «Los capitanes C. L..... y J. L..... eran gemelos, y tan parecidos, que no se les podia distinguir al uno del otro; sirvieron en la guerra de la independencia de América; prestaron iguales servicios, y obtuvieron los mismos grados militares; eran de un carácter alegre, felices por su familia, por su fortuna y sus relaciones. El capitan C. L..... estaba en Grendfield, distante dos millas de su her- mano; el capitan J. L..... vuelve de la asamblea y se pega un pistole- tazo; estaba triste y pensativo algunos dias antes. Hacia la misma época, el C. L..... se vuelve melancólico y habla de suicidio. Algunos dias des- pues se levanta muy temprano, y propone á su mujer un paseo á caba- llo; se afeita, pasa al cuarto inmediato, y se degüella. La madre de es- tos dos hermanos estaba enagenada, y dos de sus hermanas han estado por muchos años atormentadas de ideas suicidas.»

El señor G....., propietario, deja á sus siete hijos una fortuna de dos millones; permanecen en Paris ó sus inmediaciones, conservando sus dividendos, aumentados por algunos; todos son felices, gozan de buena salud y de una consideracion general. En el espacio de treinta á cuarenta años, todos siete se han suicidado (2). Gall, que cita este hecho, ha co- nocido una familia cuya abuela, hermana y madre se han suicidado; la hija de esia última ha estado á punto de precipitarse, y el hijo se ha ahorcado.

Algunos monomaníacos suicidas sienten incomodidad en las vísceras, bocanadas de calor que se dirigen de los intestinos á la cabeza y produ- cen dolor, palpitaciones en el interior del cráneo, constriccion en la raiz de la nariz, espasmos en el epigastrio, y una dejadez general mas horri- ble que el dolor vivo y local; cambian de costumbres, no encuentran gusto en nada, el mundo pierde sus hechizos para ellos, no tiene color

(1) *Medical inquiries and observations, upon the diseases of the mind.* Filadelfia, 1812.

(2) F. G. Gall, *Sobre las funciones del cerebro.* Paris, 1825, seis tomos en 8°.